



# LAGUNA

---

Leyenda de la Laguna del Negro en Villahermosa, Tabasco

Jared Suárez

## DEDICATORIA

---

*Para todos aquellos que no saben nada de su historia,  
y muy poco les importa.*

## AGRADECIMIENTOS

---

*A la antropóloga **Flora Salazar**, por sus aportaciones a la causa, al historiador  
**Ricardo de la Peña**, por sus valiosas contribuciones,  
y al Fis. Mat. **Eddy Montejo**, por creer en este proyecto.*

## A MANERA DE ENTRADA

(Esto es una especie de introducción al tema)

Esta narración es una novela corta o un cuento largo (*cómo usted lector lo quiera interpretar*), que pretende sorprender al lector con una historia fantástica donde algunos personajes existieron en los tiempos que aquí señalo; sin embargo, otros son actores de reparto (*dijeran en el cine*). **Una laguna más** (*que también puede significar un hoyo en la historia ya que la palabra **laguna** se le da un significado de faltante*) es la ampliación de un pequeño artículo que el célebre escritor y cronista, don Pepe Bulnes apuntara en su *Agenda Tabasqueña-1*, y que espero sea una fantasía de don Pepe, así no me sentiré tan solo en el problema.

Muchos de los paisajes urbanos comentados en realidad son recreaciones que resultaron de observar fotografías y planos de la época, como en los casos del antiguo puerto de Kingston, de la Habana y de Veracruz, sin embargo la descripción del Puerto Menor Fluvial de San Juan Bautista hacia mediados del siglo XIX, la realicé tomando en cuenta que actualmente no existen vestigios de una arquitectura en el lugar que nos permitan conocer cómo era a mediados de ese siglo o de daguerrotipos, aunque si pude encontrar uno que otro dibujo que corresponde aproximadamente en fecha a la narración.

Por otro lado, considero la probabilidad de que haya imperado una arquitectura caribeña con influencia Victoriana y desprovista de una ornamentación complicada, misma que dominó en buena parte de las ciudades del Caribe y del Golfo de México, hacia el siglo Diecinueve. En Tabasco, como se trataban de edificaciones con escasos muros de mampostería, de madera y otros materiales perecederos, durante las intervenciones fueron desapareciendo y otros los demolieron (*creo que de allí viene la mala costumbre de los villahermosinos por despreciar el pasado construido*) hasta que, a finales del siglo comentado, los sanjuanences comenzaron a construir con materiales más resistentes.

Explicado lo anterior, me permito presentar a su consideración este relato, que no comienza como es de costumbre: “En aquellos días...”, eso creo que ya lo superé, entonces prepárese a viajar.

JARED SUÁREZ  
Tres Lomas-2, Tabasco, México.  
Agosto del 2015

- 1.- AGENDA TABASQUEÑA, por don Pepe Bulnes, Editorial Grijalva, México, 1955. P 161.*
- 2.- Tres Lomas, supuesto nombre que tenía originalmente el asentamiento primigenio de esta ciudad; según el historiador Dr. Diógenes López Reyes.*

## CAPÍTULO I

---

*“Ninguna cosa nace de la nada; de la nada, nada puede hacerse...”*

*Versos 211 y 219 de Lucrecio Caro, filósofo romano.*

Al inicio del siglo XIX, la gran dependencia de Gran Bretaña de la esclavitud en Jamaica hizo que la población de afroamericanos en la isla fuera muchas veces mayor que la de blancos, situación que amenazó asiduamente con revueltas y conflictos constantes. Tras la liberación de los esclavos negros hacia Mil Ochocientos Treinta y Cuatro, se declaró abolida la esclavitud; estos comenzaron a huir hacia otros lados, provocando además una serie de guerras de guerrillas y levantamientos armados que duró por varios años.

En una de tantas plantaciones de caña vivía Doña Refugio de Barbosa, conocida como MáCuca, que era madre de un chiquillo llamado Ismael con el mismo apellido, el cual no tenía la más mínima idea de quién había sido el padre y mucho menos su paradero u origen. Ella Trabajaba en la hacienda azucarera desde que Ismael tuvo uso de razón o sea hacía poco tiempo de eso.

¿Cómo era de niño?, pues resultaba no ser tan negro, más bien tenía la piel medianamente oscura por lo que podemos tomarlo como un mulato, sin embargo, MáCuca siempre le dijo *mi-negriño*, mientras acariciaba su cabeza, así que la diferencia entre el tono de piel no existía ninguna oposición a ojos de su progenitora. A sus doce años poseía una complexión delgada, pero alto de estatura, por lo tanto, sobresalía de sus compañeritos de la misma edad.

Tenía el cabello rizado y ligeramente castaño, vestía siempre un pantaloncillo de manta que le llegaba más arriba del tobillo sujetado con una cuerda, también una

camisola de color azul o podemos decir que en su origen fue de ese color, pero ahora lucía un tono deslavado. Tenía un sombrerito de paja que lo protegía del sol cuando acompañaba a MáCuca al trapiche a moler las cañas para elaborar melaza.

Por esos días las revueltas y conflictos contra la escasa población blanca eran comunes, por lo que en cada una de las casas principales siempre había un agrupamiento militar del ejército de la Corona Inglesa. Es justamente en Mil Ochocientos Cuarenta y Tres, durante una correría de insurrectos fue cuando inicio propiamente ésta narración.

La noche fue interrumpida por el eco de tambores que se esparcieron por todos lados, más allá del sembradío de caña un resplandor rojizo se vislumbró. Se escucharon gritos desesperados provenientes de las barracas donde dormíamos junto con los trabajadores. La hacienda azucarera de los Birmingham ardió en llamas que lamían el cielo y se reflejaron en el mar revuelto en olas encrespadas.

Abracé a MáCuca que lloró desconsolada señalando hacia el lugar de donde se veían las llamas, tres disparos de cañón nos dieron a entender que se trató de un atraco.

—Huye *mi-negriño*, es el momento, si te agarran los rebeldes te van a matar o te llevarán a su barco, huye rápido a la selva, ahí vas a esconderte para que no te jallen.

Fueron las últimas palabras que escuché de MáCuca, me lancé hacia el lado contrario al plantío de cañas, una permanente selva de árboles y bejucos me cortaron el paso, pero no dejé de correr como un loquito.

En una pausa pude ver una embarcación recortar su silueta sobre la oscura serranía que bordeaba el mar, era una goleta que había tomado por sorpresa a la escasa guardia que permanecía en la hacienda, después vino el pillaje y dispusieron robar todo lo que encontraron a su paso, además mataron a muchos hombres y mujeres, a quienes eran más fuertes se los llevaron amarrados al barco, que en un parpadeo levantó anclas y se dirigió hacia una tormenta que se dibujó en el horizonte del mar.

Entré a otros sembradíos de caña por donde corrí descalzo, di saltos sin parar, así recorrí una gran distancia hasta que las llamas de la hacienda fueron una línea

rojiza en la distancia. Me senté a tomar un respiro, pero los ladridos de unos perros se escucharon a lo lejos, temiendo por mi vida continué con la carrera.

Nunca supe cuánto corrí, hasta que me paré a pensar que lo único por hacer era escapar de ese lugar repleto de violencia. Detuve de nuevo la huida, con la escasa luz del amanecer pude ver que un trecho de mar me separaba de la otra orilla y sin mirar hacia atrás, lancé mi cuerpo al agua porque sabía nadar muy bien, así logré perderme en la oscura distancia.

En el resguardo de la otra orilla y bajo la luna llena, observé mis pies que estaban destrozados, además tenía heridas por todos lados, lo único que pude hacer fue romper en jirones mi camisola para hacerme unas vendas, ya habría oportunidad de obtener una nueva.

La suerte que siempre me acompaña llevó mis pasos hasta una cabaña donde los dueños no estaban en ese momento, así que tomé una camisa *prestada*, ya habría oportunidad de devolver el favor en un futuro.

Mientras caminaba le pedí ayuda a la *Virgencita de la Caridad del Cobre*, ya esclarecía en el horizonte y entonces me mandó un árbol frondoso lleno de frutas que comí hasta quedar satisfecho, luego me agarró un agotamiento que me obligó a buscar acomodo entre las raíces y me quedé dormido.

Cuando desperté en la mañana siguiente estaba allí en ese lugar conocido como Bahía Montego, pasé el día vagando por sus callejuelas de tierra, buscando comida entre la basura o en los patios de las casas; solo encontré un trozo de pan rancio y una zanahoria que aún estaban comestibles. Para la noche encontré un lugar donde dormir, acomodándome en una casa abandonada cerca de la playa.

Al día siguiente el ladrido de unos perros me levantaron, así que después de incorporarme sacudí la ropa y salí dispuesto a ver qué era lo que el destino tenía para darme. Llegué hasta las puertas de una tienda de alimentos atendida por unos ingleses muy circunspectos. Se trataba de la tienda de los hermanos Hartman y precisamente acaban de colocar un cartel con la leyenda “Waiter is requested” (se *requiere mozo*), esforzándome por entender lo escrito en el cartel pude calcular que se requería un empleado, al menos tuve la suerte de no equivocarme.



Acicalé bien la escasa vestimenta que traía puesta y tomé el cartelito que colgaba en la puerta. Me adentré en la tienda, cuando vi a unos de los ingleses con cara de serio le puse el cartel en la mano y tomé mi sombrero de paja en señal de respeto, al mismo tiempo le dije: —ese que buscan, soy yo, —le dije con mi medio inglés atravesado.

Acto seguido Míster Willis señaló una pila de sacos de arroz que se amontonaban en una esquina del almacén y haciendo una seña con su mano derecha mostro el camino hacia la escalera por donde debía subir esos sacos.

—Si puedes hacer eso, te quedas, vamos, vamos, que no tenemos todo el día chico, tendrás que subir todos esos sacos de arroz hasta la bodega que está arriba.

Entendí su ademán y no tuve más remedio que empezar a subir los sacos de uno en uno hasta que completé la labor; si quería comer algo al final del día, tendría que ajustarme a lo que me ordenaran, esos patrones. Al terminar de subir todos los sacos de arroz, uno de los dueños de la tienda se me acercó para preguntarme, quién era y de dónde venía.

Con bastante imaginación les conté una historia que fui inventando conforme me internaba en la plática, hablé de los piratas, de la hacienda, de que vivía en la casa grande como hijo de la cocinera y que se habían robado a mi mamá además logré escapar de esa tragedia. Todo eso pareció aceptable para los astutos ingleses ya habían escuchado noticias sobre el asalto a la hacienda de los Birmingham y tomaron sus precauciones.

Esa noche recibí una ración grande de arroz con pollo y un trozo muy generoso de pan; además otros empleados negros que había en la tienda me llevaron hasta el cobertizo donde dormían en hamacas. Había en el lugar un enorme barril de agua, todos tomaban de ahí con un tazón, así que hice lo propio para saciar la sed. Después busqué un buen lugar donde acomodarme para dormir, por una rendija que hacía las funciones de ventana miré la luna sonreír en el cielo, sin otro aliciente caí dormido por el cansancio.

Pasaron los días, después las semanas, luego los meses y llegó el mes de diciembre; como era costumbre entre los ingleses se celebró lo que llamaban

“Christmas” (*navidad*), con mucha música, cantos y regalos, por supuesto a eso no me invitaron, pero nadie me dijo que no podía mirar la ventana, así pasé la noche mirando cómo se divertían los blanquitos durante esa festividad.

Al cabo de tres meses llegaron unos soldados de la Guardia Inglesa, andaban en busca de un fugitivo negro que había escapado de una hacienda azucarera hacía algún tiempo. Los soldados llegaron hasta la tienda, pidieron unos tragos de ron el cual desaparecieron del vaso en un abrir y cerrar de ojos, después preguntaron a los dueños sobre el paradero del fugitivo que buscaban.

Le mostraron un papel donde estaba el retrato del fugitivo y la cantidad que se entregaba de recompensa, pero los señores no reconocieron a nadie con ese rostro y esas señas.

Me puse a cavilar que a pesar de haber pasado meses, quizá el dueño de la hacienda azucarera me buscaba para castigarme y así mostrar a los demás que él no tenía piedad con los que escapaban, eso ya lo había visto en otras ocasiones. El temor me invadió y quedé paralizado en un rincón de la tienda.

—Tienes miedo negriño, te asustan los soldados, —apuntó con voz ronca un negro corpulento desde la oscuridad, y me miró con sus ojos brillantes como dos brasas que flotaban en el fondo del zaguán. Su extraña vestimenta me llamó mucho la atención, tenía: una camisa blanca, un saco de levita, pantalón negro con rayas y zapatos de cuero.

—Ellos buscan a un chiquillo que escapó de cierta hacienda ¿acaso eres tú diablillo?

Para esos momentos sentí correr algo caliente por las piernas, hasta que se formó un amplio charco en mí alrededor. Avergonzado y con miedo salí corriendo con rumbo a la trastienda; los soldados se dieron cuenta de este movimiento, en ese momento el negro corpulento les cortó el paso.

—Hey, señores, ese que salió es mi hermanillo que lo ganó el baño, —dijo el negro, que sonrió de lado mostrando su amplia dentadura blanca.

El negro caminó hasta la trastienda, me hizo una seña indicándome que todo estaba bien, además me dijo en voz baja que le debía un favor y que con el tiempo

regresaría a cobrarlo; al mismo instante que se perdió entre los trastos y trebejos que estaban en el callejón.

Después de aquel incidente, no volví a ver a esos soldados, ni al negro que me había salvado la vida, pero comencé a sentirme inseguro en esa población; así que reflexioné por varios días la posibilidad de emigrar aún más lejos. Pero también había algo que me decía —espera a MáCuca ella puede llegar buscándote. A medida que pasó el tiempo pude darme cuenta de que eso no fue tan cierto ahora estaba solo, así que tomé la decisión de continuar con mi camino.

Con la esmirriada paga de mi último sueldo que recibí y una bolsita con mis escasas pertenencias, puse camino a la ciudad de Kingston que era la capital.

## CAPÍTULO II

Después de viajar de poblado en poblado llegué hasta el bullicioso puerto de Kingston, nunca había visto tantas embarcaciones juntas en un solo lugar, eran de variados estilos ancladas allí: goletas, fragatas, bergantines, hasta canoas, todas ellas de diversos lugares. Se respiraba un fuerte olor a pimienta, pero este se revolvía con tabaco, o tal vez era el de azúcar quemada y pan recién hecho, fue un torbellino de lenguajes y olores que viajaron por el aire hasta mis sentidos.

Caminé hasta la entrada de un gran almacén de mercaderías de ultramar, allí hablé con uno de los mozos, un mulato que barría la banqueta del frente para contarle que tenía experiencia en el tema de los acomodos de sacos de alimentos, pero este se limitó a mover la cabeza diciéndome que no.

Una y otra vez entré y salí de varias tiendas, hasta que el cansancio y el hambre me vencieron. Dormí en un callejón oscuro cerca de un prado, tiempo después lo conocí por su nombre *Parque Saint William*. Con los primeros rayos del sol partí de nuevo a buscar trabajo en la zona de los muelles, en los dos primeros la respuesta fue la misma: un ¡no! rotundo.

Por el camino me encontré con el mulato del gran almacén de mercadería de ultramar que visitara el día anterior, nos saludamos e inició la conversación.

—Hola, me llamo Louis Pickard, pero puedes decirme Lu a secas.

Le dije mi nombre, mostrando timidez ya que no lo conocía bien, pero algo en su rostro me dio confianza.

—¿De dónde eres muchacho y cómo llegaste hasta aquí?, —pregunto intrigado el mulato.

Una vez más conté la historia bastante fantasiosa sobre de dónde venía y las vicisitudes que había tenido durante este viaje a Kingston, pero entre tanta palabrería,

algo de verdad quedó de manifiesto, si había visto como los insurrectos asaltaban una hacienda azucarera y como también había huido del sitio dejando atrás a mi querida MáCuca, una herida que jamás sanaría, por más lejos que viajara.

Lo que resultaba singular en mi relato fue que los insurrectos se habían llevado todas nuestras pertenencias por ese motivo no tenía ningún documento que dijera mi nombre, —¡vaya cuento que me inventé! Llegamos a la tienda y el mozo dijo que iría a preguntar si se requería de alguien para que trabajara en la bodega.

Desapareció entre las personas que deambulaban por la tienda y al poco rato regresó acompañado de un señor de avanzada edad que me preguntó: —Así que andas en busca de trabajo muchacho, según me dijo Louis que ya has trabajado en un almacén allá en Bahía Montego, así que estás de suerte, buscamos a un ayudante que pueda limpiar y mantener ordenada la bodega; soy míster Jeff, el jefe de los bodegueros.

Acto seguido me tiró un mandil bastante usado que tenía en la mano y dijo que lo siguiera, volteeé hacia el recién conocido amigo y le dirigí una amplia sonrisa en señal de agradecimiento.

Con mucho gusto trabajé durante los siguientes meses hasta llegar a ocupar el puesto de *ayudante de tienda* o sea que acomodaba mercancías en las vitrinas del frente. Me dieron un pantalón de algodón negro, una camisa blanca del mismo material, unos botines de cuero, y un listón para el cuello ¡ah!; se me olvidaba, también un mandil a rayas.

El mulato que me había ayudado a encontrar el trabajo me indicó que, con la paga de ese día, bien podía encontrar un lugar donde dormir y me llevó hasta un hostel que cobraba dos monedas, aunque era muy barato, no tenía lo suficiente para pagar esa cantidad por el momento. No me quedó más remedio que volver a dormir en el oscuro callejón como lo había hecho durante varios días.

En otro momento del día este muchacho me dijo que, vivía en la casa de unas tías al final de una calle cercana llamada *Barry Street*, que diario caminaba algunas cuabras para llegar al almacén. Con la regularidad de las pláticas me fui haciendo amigo de Lu, hasta que empezamos a compartir el camino.

Juntando mis salarios semanales pude mejorar mi vestimenta, compré un pantalón de algodón, una camisa de color verde clarito y por supuesto un nuevo sombrero de paja. Aunque la alimentación siempre resultó ser un problema durante esta etapa de mi vida, pude resistir comiendo pan, tomando café y disfrutaba de inmensas cantidades de frutas que compraba de camino al trabajo.

Lu me ayudó con unas cuantas monedas para alquilar una recámara pequeña en una casa medio abandonada pero habitada por sus dueños que estaban peor que yo, y eso ya era decir bastante. Durante mi estancia los ayudé a limpiar y reconstruir una buena parte; por ese trabajo me descontaron varias semanas de alquiler. Fue una buena acción de mi parte y recibí a cambio un sitio mejor donde estar.

Cada día antes de clarear Lu pasaba por mí para que juntos nos fuéramos al almacén, en la tarde, mientras los ingleses tomaban el té, nosotros aprovechábamos para subir al techo de la tienda y mirar los barcos en el puerto, así pasé cuatro años de mi vida haciendo eso y otras cosas de provecho. Por varios momentos mientras miraba el mar pensé que allí en Kingston era el lugar donde podía vivir para el resto de mi vida, todo me resultó claro y sencillo de visualizar.

Una mañana de tantas pillé al negro corpulento, robando una botella de aguardiente de caña, acto por el cual le llamé la atención, pero salió de prisa, no me atreví a llamar a los guardias que pasaban por el almacén, debido a que les tenía algo de temor y además le debía un favor a éste, sin embargo, el movimiento fue observado por Míster Jeff que me dio una gran reprimenda.

—Así le pagas a los patrones, dejando que otro de los tuyos venga a robarse la mercancía, esto lo descontaré de tu mesada y si vuelve a ocurrir, te largas de aquí.

A la pasada me dio una fuerte bofetada que me dolió siempre, aun cuando repasaba mi vida en los pensamientos.

El negro regresó de nuevo y ahora se robó una botella de whisky, esta vez me fue muy mal, no solo me echaron del almacén, sino que no me entregaron nada de mi mesada semanal. Regresé hasta el cuarto donde dormía y me tendí sobre la cama a pensar sobre qué haría a partir de ese momento. Todos los sueños de permanecer en

el Puerto de Kingston se desvanecieron en el aire, como una humareda que desaparece en el cielo.

Ahora tenía un inconveniente más, ese negro corpulento que me seguía por todos lados y era causante de problemas. Tenía que poner tierra de por medio si quería continuar con esta vida tranquila, entre más lejos sería mejor.

Con los primeros rayos del sol me alisté como si fuera aún a trabajar en el almacén, los dueños de la casa me ofrecieron café y pan, se los acepté y salí en busca de un nuevo trabajo. Corría el año de mil ochocientos cuarenta y ocho cuando el destino quizá me fue llevando hasta una embarcación anclada en el puerto que según decían los hombres allí congregados, partía al día siguiente hacia el continente, específicamente hacia el Puerto de Veracruz, en México y necesitaban de algunos marinos que se incorporaran a la tripulación.

Allí estaba el veterano capitán Lupercio Sánchez acomodado en un sillón protegido por un toldo improvisado donde inspeccionaba y daba el visto bueno a los marineros que formarían parte de su tripulación en el barco, escudriñaba cada parte, mientras un grumete les revisaba los dientes y partes del cuerpo por si tenían alguna mala enfermedad.

—No quiero a ningún zopenco con piojos, escorbuto (*enfermedad propia de los marineros en el siglo Diecinueve*) o cualquier mala enfermedad, los que crean tener algo de eso, será mejor que se retiren, para no hacernos perder el tiempo, —gritó el capitán, al tiempo que escupió un residuo de tabaco mascado.

Me formé en la fila ya que no tenía nada que perder si me aceptaban en el barco, adelante pude ver al negro corpulento que al verme de arriba abajo lanzó una carcajada rimbombante.

—Oye negriño, con ese cuerpo piensas trabajar en un barco; tú no sirves pa'ná, se nota que no has comido ná desde que naciste, —al reconocerle su voz me puse en guardia y arremetí contra aquel voluminoso contrincante.

—Por tú culpa me echaron del trabajo, eres muy malo, no tienes corazón, eres un negro malvado.

Me le fui encima con todas las fuerzas, pero él detuvo mi cuerpo por la cabeza, por más que estiraba los brazos para darle con los puños no logré alcanzarlo, con la gritería el grumete se acercó hasta nosotros que para esos momentos forcejeábamos.

—Basta de tanto alboroto, a ver qué pasa aquí, si están así en tierra en el mar los echaremos al agua amarrados panza con panza, a ver tú, el más grande ¿Cómo te llamas negro?

—Me llamo Erasmo Galván, pero me dicen Elmo, a secas.

El grumete señalándome le preguntó si era su conocido o algo parecido. Elmo me miró con cierta simpatía y moviendo la cabeza afirmativamente le contesto que efectivamente lo era. El grumete se rascó la cabeza y me tomó por la camisa, para llevarme con el capitán.

—Aquí le traigo a su nuevo camarero, lo encontré peleando con su compinche, creo los dos pueden servir en el barco, éste chamaco es muy valentón, no tanto como el anterior camarero, pero considero que este sí le podrá servir mejor, algo me dice que este es bueno para trabajar, —dijo, al tiempo que me empujó con fuerza.

Fui a caer a los pies del capitán que me lanzó una mirada escrutadora, así que sacudí el pantalón empolvado, tomé el sombrero de paja que había rodado por el suelo y lo acomodé nuevamente en la cabeza.

El capitán movió con su bota un barril pequeño y me dijo que me sentara; en silencio pase las horas mirando como la fila de hombres rudos se iban acortando hasta quedar solo ese negro corpulento que me acarreaba problemas. Bajé la mirada e hice como que no lo conocía y continuó su camino sin dirigirme una sola palabra.

*El Buenaventura* era una fragata de vapor con bandera mexicana, su casco recién pintado me pareció una fortaleza flotante, tenía dos mástiles con velas, una chimenea al centro y las máquinas podían escucharse a varios metros a la redonda. Llevaban muchas mercancías, entre ellas botellas de whisky, ron y de otros licores, además de telas y cosas que nunca alcancé a ver qué eran.

Subí a la embarcación acompañando de un marinero regordete que hablaba raro, pero le entendía, nos dirigimos hasta un gran camarote que me imaginé sería el principal, donde indicó cuales serían mis labores como ayudante.



—Primero limpiar deberás este lugar y limpio permanecer siempre, el capitán estricto es; nunca, por ningún motivo sus papeles toques o le dejes de servir café en mañanas, ah, tu camarote junto aquí está.

Mi camarote era un verdadero desván comparado con el del capitán, allí sólo había una hamaca y una sillita de madera, al fondo una ventanilla redonda mostraba huellas de que por ese lugar jamás había pasado un brochazo de pintura.

Pero fue una recompensa tan solo por estar en este viaje, con el dejé atrás la isla colmada de colores verdes, los instantes vividos, MáCuca que siempre sonreía mientras acariciaba mi pelo, los caminos, las calles polvorientas y mi único amigo merecedor de ser recordado, el mulato Louis Pickard.

A mis diecisiete años nunca había viajado en un barco y el vaivén me produjo muchos mareos, con solo ver el plato donde me sirvieron la comida, terminaba vomitando saliva, solo era una molestia porque no tenía nada en el estómago, —que mala pasada va a ser este viaje, —pensaba en aquellos momentos.

Durante el viaje pude servir más o menos bien al capitán, mantuve limpio su camarote y siempre tenía su café a tiempo en la mañana. Al negro corpulento no lo volví a ver por un tiempo mientras duraba el viaje, sin embargo, pude observarlo una tarde fumando un cigarro en la cubierta de *popa* (parte trasera del barco). Me saludó con una zalamería digna de un amigo.

—Que estés bien negriño, la Virgen de la Caridad del Cobre está contigo, —dijo, el negro con su voz ronca.

Después de esa ocasión no lo volví a ver más, ni cuando llegamos al Puerto de la Habana, en ese lugar bajé acompañando al capitán que se dirigió de inmediato a una bulliciosa cantina, me señaló un espacio junto a las puertas del lugar e indicó que allí lo esperara sentado.

Uno a uno fueron saliendo los parroquianos, muchos de ellos intoxicados de alcohol; bailando y cantando canciones locales. El calor y los mosquitos hicieron que no pudiera dormir ni un minuto. Sabía lo que pasaba allí dentro, lo podía ver cada vez que se abrían las puertas de par en par.

Mujeres abrazadas de los marineros, hombres jugando cartas en las mesas, otros más bailando o tirados en el suelo. Eso no fue de mi agrado, —nunca entraré a un lugar como este, —me dije mientras caminé unos pasos para inspeccionar los alrededores.

La voz de una mujer hizo que volteara la cara para mirarla bien, era una negra de buen cuerpo que me jaló hacia ella para decirme.

—¿Qué hace un negrito solo a estas horas en un lugar vacío, será que andas buscando donde dormir calientito o andas haciendo travesuras?

—Estoy esperando al capitán del Buenaventura que está allí adentro y cuando salga lo acompañaré hasta él...

La muchacha me puso el dedo en la boca para callarme, se rio al tiempo que dijo algo sobre el capitán del Buenaventura: —ya se había ido con una mulata hacia un Hostal cercano y no saldría de allí hasta el amanecer; dicho esto me tomó de la mano y condujo hasta un cuartucho ubicado bajo una escalera.

Pasamos el resto de la noche haciendo algo que solo tenía en la imaginación pero que nunca pude pensar que sería delicioso, si se podía aplicar esa frase al sexo. Vaya experiencia, esa negra tenía fuego en las venas y me transmitió todo ese calor al alma, tanto así que aún recuerdo lo suave de su piel y su olor a flores machacadas.

En efecto, a la mañana siguiente el capitán apareció por la calle y me encontró donde había dicho que lo esperara, allí comprendí el refrán que decía MáCuca: —Pa' uno que madruga, otro que no duerme.

Regresamos al barco y de inmediato elevamos anclas hacia el Puerto de Veracruz. Para esos momentos ya me había acostumbrado al movimiento en el mar, así que el mareo desapareció y pude hacer mi vida con normalidad, sirviendo el café y encargándome de limpiar el camarote del capitán, que ahora se vio mejor que cuando llegué.

### **CAPÍTULO III**

Una mañana fresca de noviembre del año de mil ochocientos cuarenta y ocho, llegamos al Puerto de Veracruz, era una ciudad protegida por un fuerte que se situaba cerca. Fuera de ella un horizonte de árboles se perdía en la distancia. En el puerto y con los pies en la tierra de nuevo, acompañé al capitán que se internó entre las calles del lugar hasta que llegamos a una tienda con un letrero que decía Los 3 Sánchez, pronto comprendí que se trataba de sus familiares.

En el interior encontramos a Doña Teresa Sánchez que resultó ser su hermana mayor, era una señora vestida de negro y con una expresión muy austera en el rostro, se ayudaba de un bastón para trasladarse de un lado para otro; de pronto una chica muy risueña abordó al capitán.

—Tío, ya regresaste del mar, dime, que me has traído ahora, vamos dime, —insistió la chica.

La algarabía fue interrumpida por la intervención de Doña Teresa, que esgrimió el bastón para apartarla. El capitán le entregó un saquillo de tela que llevaba colgando del cinturón y le dijo que adentro venía una joya encontrada en las profundidades de los océanos, allá en África, pero que la tenía que ver en lugar tranquilo y callado. La chica salió disparada hacia una escalera de madera que subía al siguiente nivel donde se encontraba la casa de familia.

Yo me limité a ver toda la escena con varios pasos de distancia en silencio, guarecido por unas cajas con tiliches polvosos, hasta que se me dio la orden de continuar hasta donde el capitán estaba parado.

—Traigo este negrito, que es muy trabajador y creo te vendrá muy bien que te acompañe en las labores de la tienda, además es muy atento, habla poco castilla, pero ya te encargarás de enseñarle nuestra lengua, que para eso eres la mejor.

Doña Teresa me miró de pies a cabeza. Por su forma de ver la encontré más estricta que el mismo capitán y por momentos creí ver en ella uno de los capataces de la antigua hacienda azucarera de mi infancia.

Me tomó por los hombros y acercándose dijo que su tienda no era un lugar para holgazanes, así que trabajaría todos los días, de las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, que me daría dos raciones de comida y un lugar donde dormir, además de unas monedas si hacía bien mis labores. Me aclaró que también los domingos se abría la tienda solo que un poco más tarde ya que era el día consagrado al Señor Dios.

Me encogí de hombros aceptando el trabajo y quedé parado en el sitio, hasta que apareció un muchacho blanco que me arrojó una indumentaria bastante maltratada, dijo que me la pusiera y que lo siguiera hasta la trastienda.

Ese lugar era un caos, había muchas cosas tiradas por el suelo, los anaqueles llenos de basura, telarañas y algunos restos de comida descompuesta; unas ratas chillaron en una esquina escapando hacia sus escondites. El muchacho con una actitud muy altanera ordenó que limpiara el lugar, me entregó una escoba y salió de la trastienda haciendo un gesto de asco.

Empecé por limpiar frascos y botellas de vidrio para acomodarlos en los anaqueles aseados, con los botellones rotos fui haciendo una pila que después coloque dentro de cajas de madera ya que no sabía dónde ponían la basura estas personas. Sacudí las paredes llenas de telarañas y polvo. Por el estado de las cosas pude adivinar que por allí no había pasado un trapo en años como en el camarote del barco. Me llevó todo el día limpiar ese desorden y para la tarde regresó el muchacho para inspeccionar lo hecho.

—Vaya que eres bueno negro, limpiaste toda la trastienda, ni yo lo hubiera realizado mejor y eso que soy mayor que tú; vete a la cocina que está atrás, diles que te den de comer, luego vete a descansar, te veré mañana.

Llegué hasta la cocina donde me sirvieron un gran plato de frijoles, arroz y un pedazo de carne de cerdo, también en el centro de la mesa había un canasto lleno de unas rueditas de maíz. Una muchacha me dijo que tomara todas las que quisiera; las llamaban *tortillas*, así que agarré cinco o seis, no recuerdo cuantas por el hambre que tenía.

Cuando terminé de comer otro trabajador de la tienda me llevó a un cobertizo anexo a la cocina, me entregó una cobija para cubrirme y un tapete de palma que le llamó *petate*, en ese lugar aprendí a dormir en el suelo. En la noche la temperatura bajó a tal modo y manera que sentí como si se me congelaran los pies, por lo que dormí con los botines puestos.

Esperé por un buen rato al muchacho altanero que llegó pasada las nueve de la mañana, con los pelos alborotados y la camisa arrugada. Me ordenó que buscara una cubeta con agua y trapeara toda tienda, teniendo cuidado de no salpicar la mercancía y mucho menos a los clientes.

De nuevo vi al capitán Sánchez, al muchacho blanco y la chica salir de la tienda, me pareció que irían a pasear; el capitán vestía un traje de color claro, corbatín negro y sombrero de fieltro; ella parecía un ángel ataviada con su vestido vaporoso bordado con pequeñas flores amarilla y su sombrero con un gran moño. Los miré embelesado como se perdían entre los transeúntes, mi ensoñación se rompió cuando recibí el primero de los bastonazos de Doña Teresa.

—¡Aquí no andamos holgazaneando, aquí se trabaja y duro!, —me dijo, mientras preparaba una segunda estocada. Salí rápido hacia la trastienda y allí me puse a limpiar algunas cosas que había dejado pendientes del día anterior.

Transcurrieron las semanas y había aprendido más palabras en castilla, también cómo esquivar los bastonazos que Doña Teresa me tiraba la mayoría de las veces sin razón. El capitán se fue a otro viaje, pero no me llevó con él, consiguió otro muchacho para que lo asistiera.

Conforme pasó el tiempo supe que la chica era hija de una hermana muerta del capitán, y su tía la había criado junto a su hijo, que era el muchacho blanco llamado Gildardo Joaquín en honor a su padre muerto durante una guerra contra los

norteamericanos en Mil Ochocientos Cuarenta y Siete cuando sitiaron ésta ciudad y que consideraban un héroe en la casa.

Muchas veces pillé a la chica espiándome cuando estaba en la trastienda o estaba en el cuarto donde nos bañábamos, a mí me daba miedo que alguien la pudiera ver y terminaran por echarme de ese trabajo por su culpa.

En otra ocasión fue ella hasta la cocina a pedir un pedazo de pastel, pero yo sabía que era un pretexto para verme, creo que sentía curiosidad por mi físico y que no hablaba casi con nadie. En esa ocasión se sentó junto a mí y empezó a hablar sin parar.

—Oye muchacho, ¿de dónde eres y porque hablas, así como si tuvieras un caramelo en la boca?, vamos no seas dificultoso y dime.

Le dije de dónde venía y que estaba ahí porque había sido ayudante del capitán Sánchez, que no era bueno que la vieran en pláticas conmigo, porque a ella le llamarían la atención y la señora me daría unos bastonazos en la cabeza.

—No tengas miedo, mi tía Teresa es muy estricta, pero no es mala conmigo, siempre me cumple mis deseos y ahora es mi deseo conocerte, ah, por cierto, cómo te llamas.

—Me llamo Ismael Barbosa, para servir usted y a la Virgencita de la Caridá del Cobre.

—Pues yo me llamo Elena y no estoy para servir a nadie, —se carcajeo por mi formalidad y salió de la cocina con el plato en la mano. Sobre la mesa dejó a propósito su pañuelo, el cual recogí de inmediato y lo oculté en la bolsa del pantalón; salí de la cocina dejando atrás el murmullo de las sirvientas que se miraban unas a otras chismorreando sobre que había acontecido.

Un día salí llevé cierto encargo a casa de unos clientes que vivían retirados de la tienda y cuando estaba de regreso, Elena me siseó para que la siguiera por un callejón, allí se me acercó para abrazarme y besarme en la boca, pero en el forcejeo rasgué la manga de su vestido y muy molesta me empujó. Después de ese incidente, no se volvió a acercarse a mí nuevamente, solo miraba y sonreía a distancia.

Una mañana de domingo salieron con rumbo a la iglesia, pero Elena se les escapó en el camino y regresó a la tienda para buscarme en la parte de atrás, habló un montón de boberías y después me preguntó si le gustaba, a lo que recibí un no como respuesta, por eso salió muy molesta con rumbo a la calle de nuevo.

—Pues si no te gusto negro feo, no vas a durar mucho tiempo aquí de eso yo me encargo, —me gritó antes de desaparecer.

Doña Teresa y su hijo el tal Gildardo Joaquín siempre me tuvieron ojeriza a pesar de ser diligente y servicial, gracias a mí se pudo pintar la entrada a la tienda que estaba mugrienta, además de que un domingo limpié los polvorientos vidrios de las ventanas.

Los trabajadores de la tienda me felicitaron por eso, no así la dueña que solo me aumentó dos centavos a mi mesada semanal, pero como era de esperarse me empezó a cobrar la comida, argumentando que era un tragón, así que el aumento se hizo polvo.

Los compradores y visitantes de la tienda empezaron a hacer comentarios sobre el cambio evidente que experimentó el lugar con la llegada del negrito que siempre veían trabajando con ahínco. Esto pareció no gustarle a Doña Teresa que sacaba a colación de en realidad, era su hijo el que había proyectado esos cambios, pero el asqueroso negro solo era un sirviente sin cerebro.

Cada vez que Doña Teresa pasaba cerca, aprovechaba para lanzarme una buena cantidad de maldiciones, insultando mi color y esta condición de casi esclavo. Su hijo escupía mi comida, pero como veía que a eso no le daba importancia más se enfurecía.

Los demás trabajadores de la tienda me aconsejaban alejarme lo más posible de la chica, porque era una desalmada igual que sus parientes, ella no tenía corazón, solo vivía para que le adularan con cumplidos y regalos inmerecidos. No supe cómo explicarles que era ella la que me buscaba, así que terminaba por agachar la cabeza y guardar silencio.

—Ah que negrito tan tonto, no quiere escuchar consejo, —me repetían una y otra vez unas voces en mi cabeza.

La chica escabulléndose de su celadora o sea su tía, continuó buscando los momentos para fustigarme con la misma pregunta, hasta que me encontró ensimismado pensando en otras cosas y le dije un si como respuesta, a partir de ese momento, mi destino quedó sellado. Ella sonrió y me respondió que eso ya lo sabía, desde el día en que me vio entrar a la tienda.

Los pretextos le sobraban para encontrarme en la trastienda, no solo llegaba en la mañana, sino también en la tarde cuando empezaba a anochecer. La cocina se volvió una especie de lugar de encuentro.

Un día mientras barría la banqueta del frente, en mala hora vi pasar por la tienda al negro corpulento vestido con un traje muy formal. No me habló solo levantó su bombín para saludarme y me enseñó la empuñadura de su bastón que tenía las fauces de un lobo, al tiempo que masculló: —cuidado. Después se perdió de vista entre los caminantes y el polvo de la calle.

A partir de mi respuesta positiva a Elena, no todo fue felicidad. En una noche por curiosidad su primo Gildardo la siguió para ver qué hacía dando pasos a la cocina en la noche, pudo divisar como llegaba hasta un pozo. Estando ahí tomó las manos que tenía apoyada en el brocal, rodeó mi cuerpo con sus brazos y se acercó para besarme.

Bastó eso para que Gildardo diera voces de alarma, en un abrir y cerrar de ojos los sirvientes de la casa encendieron unos quinqués y nos rodearon. En el lugar apareció Doña Teresa que sin escuchar palabra se me abalanzó dándome los primeros bastonazos.

—Ya sabía yo que eras un negro ladino lleno de malas mañas, ahora vienes aquí a querer robar, —vociferó la vieja enardecida, pero Gildardo bastante exaltado agregó que no estaba robando, sino algo peor que eso.

—Este negro maldito estaba propasándose de mi pobre prima, que no pudo defenderse y por eso la tuve que auxiliar.

Elena agregó que había salido por un vaso con agua y el negro malvado la atacó, Doña Teresa creyó todo a pie y juntilla, así que ordenó que me dieran una paliza y encerraran en un cuarto oscuro donde guardaban el tabaco.



Intoxicado por el fuerte aroma que despedían las hojas de esa planta y con el dolor de mi cuerpo quedé sofocado en un sopor maligno. Cuando desperté estaba en la bodega de un barco de madera. Sabía que eso era, por el sonido de las olas que chocaban con el casco y el movimiento; el lugar estaba lleno de tiliches y muchos cajones de madera.

Con mucho dolor en el cuerpo me acerqué hasta la escalerilla que conducía a la cubierta, subí para encontrarme que estábamos en altamar con rumbo a quien sabe dónde. Me habían robado los botines y vestía unos harapos bastante raídos.

Un marinero se me acercó para preguntarme quién era y porque habían venido a tirarme en el barco, le dije mi nombre y que no sabía nada, lo último que recordaba era, estar encerrado en un lugar oscuro lleno de hojas de tabaco, donde caí intoxicado.

Me contó que un muchacho muy enojado le pagó al dueño del barco diez pesos por llevarme a tirar a cualquier parte, lejos del puerto de Veracruz, que eras un sinvergüenza ladrón de poca monta.

—Por cierto señor, ¿hacia a dónde vamos?, —pregunté, aún confundido por todo lo sucedido.

—Nos dirigimos primero al puerto de Coatzacoalcos-3 a dejar un embarque de ron, después vamos hasta el puerto de Frontera-4 y terminaremos el viaje en el puerto de Champotón en Campeche.

*3.- El Puerto de Coatzacoalcos fue creado por decreto presidencial el 8 de octubre de 1825. En el porfiriato fue modernizado como puerto y ciudad para hacerlo funcionar, al estilo inglés. De 1911 a 1935 se le llamó “Puerto México”, en 1937 se le restituyó el nombre original.*

*4.- La ciudad y puerto de Frontera, fue fundada entre 1780 por Fray Tomás Helguera, con el nombre de San Fernando de la Victoria, en una zona de alta ocupación humana desde el 400 a.C. En 1817 el gobernador virreinal Francisco de Heredia y Vergara la mueve de sabana nueva a su ubicación actual. El 25 de noviembre de 1826 se le renombrará como Guadalupe de la Frontera, y el primero de diciembre de 1829 se estableció una aduana marítima con lo que se reconocía su importancia en la economía de Tabasco. Sin embargo, fue hasta el juarismo (1858-1872) en que se instala un faro moderno y se construye el edificio de La Aduana. En diciembre de 1833, llegó la epidemia del Cólera Morbus que a lo largo del siguiente año y medio, diezmo a la población del estado. El 23 de octubre de 1846 fue atacada y tomada por las fuerzas invasoras norteamericanas lo que abrió el camino a San Juan Bautista el que tomaron hasta el tercer intento. Entre el 15 y el 16 de junio de 1847. El puerto fue desocupado el 22 de julio de 1847, ante el avance norteamericano hacia el centro del país. El 15 de*

*marzo de 1863 la ciudad y puerto es atacado por las fuerzas invasoras francesas, dejando paso a San Juan Bautista el que toman el 18 de junio de 1863 y abandonan el 27 de febrero de 1864 ante el avance de los liberales tabasqueños y chiapanecos encabezados por Gregorio Méndez Magaña y Eusebio Castillo Zamudio. Entre 1872 y 1955, fue el puerto más importante del estado, destronó al puerto de Santa Ana (hoy ciudad y puerto de Sánchez Magallanes) que había controlado el comercio durante el virreinato y buena parte del siglo XIX. Ha sido varias veces capital del estado y desde el 21 de diciembre de 1883 es cabecera municipal.*

## CAPÍTULO IV

Con mis dieciocho años encima llegué al puerto de Frontera en el año Mil Ochocientos Cuarenta y Nueve. Era un lugar pequeño con embarcaciones para la pesca y un destartalado caserío de madera debido a que hacía dos años los norteamericanos habían castigado el lugar.

Allí conseguí trabajo en un barco pesquero, al menos todos los días recibía alimento por mi trabajo, después construí una cabaña para tener donde vivir. Los lugareños me regalaban frutas y algunas verduras para acompañar el pescado asado, también ahí aprendí a tomar una bebida que le llaman *pozol*, que era una mezcla de maíz y cacao tostado, no sabía mal, pero quita la sed.

En una plática salió a colación el puerto de San Juan Bautista-5 que estaba río arriba, subiendo por el Grijalva, allí había un lugar más grande que Frontera. Sin pensarlo mucho y con el inicio del año Mil ochocientos Cincuenta una madrugada me subí a una barcaza que transportaba mercaderías y hacía los viajes hacia ese lugar tan comentado.

*5.- La fundación de San Juan Bautista está en entredicho, lo que sí se puede afirmar es que al menos los que hoy es la ciudad de Villahermosa ha tenido diferentes nombres:*

1553-1554	San Juan Bautista de Villahermosa	Cosmógrafo Real. Fco. J. Santamaría
1557 24 de junio	Tres Lomas	Dr. Diógenes López Reyes
1564	Villa Carmona	Diego de Quijada
1597	Ídem	El Cabildo de Santa María de la Victoria establece una Casa de Cabildo (1602)
1604	Villahermosa de Tabasco	El Alcalde Mayor de Tabasco, pide al Virrey el traslado desde Santa María de la Victoria.

1604	San Juan de Villahermosa	El traslado desde Santa María de la Victoria, solicita el cambio de nombre
1635	San Juan de Villahermosa	Vicario in capite
1641 6 de junio	San Juan de Villa Hermosa	Virrey Diego López Pacheco y Bobadilla
Siglo XVII	Villa Nueva de la Victoria Villa de San Juan de la Victoria	Vox popular
1666-1795	Deja de ser capital de la provincia por los ataques piratas	
1826	Ciudad de San Juan Bautista	Decreto del Congreso del Estado
1916	Ciudad de Villahermosa	Gral. Francisco J. Mújica

*En términos generales los diversos asentamientos estuvieron entre 110 y 133 kilómetros del Puerto de Frontera, río arriba.*

En el paisaje selvático de esta parte del mundo la barcaza donde viajaba se abrió paso por un río que llevaba en su caudal las huellas de una lejana tormenta dibujada a lo lejos, varios troncos y ramas chocaron con la proa y dos remeros se encargaron de remover la basura para poder continuar con el viaje.

Supe que eso indicaba algo llamado “creciente” o dicho de otra manera era una inundación en las tierras altas. Enseguida me sobresalté al escuchar el sonido de los truenos que hacían eco en la distancia, retumbaba el cielo con destellos relampagueantes, un sonido extraño pareció esparcirse por entre los árboles, luego supe que eran monos aulladores que no conocía, tranquilizado por uno de los tripulantes de aquella embarcación volví a recostarme entre bultos, sacos de alimentos y otras mercancías, sentí mucha humedad así que me arroje aún más para protegerme del viento, todo indicó que sería un día nublado.

No sabía exactamente hacia donde me dirigía, pero intuí con cada hora que pasaba entre esa selva, más lejos me encontraba de MáCuca, mi amada madre que según mis sentimientos aún estaba con vida en la bella isla de Jamaica y curiosamente también del negro corpulento que solo me acarreaba problemas. Estos últimos pensamientos me renovaron los sueños de un mejor lugar.

Llegamos al sitio que le decían San Juan Bautista, no era precisamente una ciudad, se trataba de un rudimentario puerto fluvial de mediano tamaño al lado

derecho bajando por el río, algunas embarcaciones de regular calado se apretujaban entre otras de menor tamaño que por estos rumbos conocían como *cayucos*<sup>6</sup>, sin embargo, yo les llamaba *canoas*.

El caserío circundante al puerto era de madera y mampostería con sus techos altos recubiertos con tejas rojas, otras casas tenían en el frente portales y el resto de las edificaciones eran de cañas. Aún pude ver los estragos de la guerra reciente contra los norteamericanos, ya que en algunos solares quedaban restos chamuscados de casas.

El panorama no podía ser más desolador, pero algo en mi interior dijo: —este es un buen lugar para establecerte. De un salto puse los pies en el lodo materialmente, una vez aseado me dirigí hacia el poblado.

Por más que busqué un sitio seguro en ese lugar para descansar, terminé por apartarme del puerto, así que caminé hasta que se terminaron las casas y encontré la orilla de una laguna que después supe que los lugareños la llamaban *Laguna de Tierra Colorada*, quizá porque estaba rodeada de pastizales que crecían sobre una tierra de ese color rojizo en particular, era un lugar que aparentemente no tenía dueño.

Estuve algunos días visitando el lugar hasta que compré lo aperos para comenzar a limpiar un solar, mientras el sol avanzaba y tomaba descanso pude observar a un muchacho con pintas de ser lugareño que pasaba por un costado, pero solo se detenía a mirarme sin pronunciar palabras o hacer algún gesto de saludo.

Fue en una mañana cuando él se me acercó, después del respectivo saludo, dijo que quería ayudarme con la limpieza del terrenito, así que le presté un machete y se puso a quitar la maleza del área central e inició un camino desde lo que había planteado fuera la entrada.

*6.- Cayuco, embarcación de una sola pieza, más pequeña que una canoa, con el fondo plano, sin quilla, que se impulsa y se dirige con un remo muy ancho llamado canaleta y que se utiliza en las Antillas y otras partes de América.*

Con la ayuda ese muchacho avancé más rápido la limpieza; durante los descansos me comentó: —me llamo Juan Sánchez y vivo con mis apás en un terreno que tiene sembrado maíz, creo que desde aquí lo puedes devisá.

Este muchacho era muy joven, quizá de dieciocho años, de piel morena y cabello oscuro que cubría con un sombrero de palma. Tenía un carácter optimista y con gran disposición a ser solidario con quienes le rodeaban.

Ayudado por un hacha pudimos cortar unos troncos que sirvieron para elaborar la estructura principal de lo que fue mi morada que en realidad sería una cabaña con un corredor al frente de acuerdo con mis gustos, esto le pareció extraño a Juan que estaba acostumbrado a construcciones más simples.

Fue una tarea ardua porque aquí el sol no dejaba de molestarnos con su calor y el sudor nos escurría por todos lados como si nos estuviéramos derritiendo, pero esto en vez de molestarnos creó una sensación de fresco en el cuerpo.

Este muchacho me convidó una jícara con una bebida que me sació la sed abrazadora, le llamaba *chorote-7*, también a pasar la noche en casa de sus padres como vivían cerca no vi ningún problema, así que acepté y pasé no solo una noche con esta extraordinaria familia si no que me quedé durante el tiempo que duró la construcción de la cabaña.

Muy temprano en la mañana fuimos hasta un paraje lleno de palmas, dijo que cortara las más que pudiera, pero debía tener cuidado con las espinas; creo que cortamos unas cien piezas de palma, mismas que arrastramos hasta el solar donde estaba la estructura. Poco a poco formamos el techo con éstas, muy a pesar de mis malos cálculos las piezas alcanzaron para elaborar la techumbre por completo.

Al día siguiente colocamos unas cañas entrelazadas alrededor de esa estructura para formar lo que serían las paredes. Aunque no tenía ningún mueble como los que se acostumbran en las casa, como sillas o mesas, me sentí cómodo durmiendo en una hamaca de hilo que me regalaron los padres de Juan, fue todo lo que necesité en el lugar.

Poco a poco me habitué a estar en esa apartada laguna, Juan me enseñó a sembrar: calabazas, frijol, chiles y otras plantitas que eran el sustento diario de los pobladores de este lugar. Lo que no encontraba en mi patio lo cambiaba con los vecinos o viajaba hasta el puerto en un sitio que se conocía como *La Plaza Vieja*-8, que funcionaba como si fuera un mercado.

Con el tiempo empecé a cambiar mis excedentes alimenticios por otros que necesitaba, una vez lo hice con media arroba de maíz por una gallinita y luego por un gallo colorado del mismo color de esta tierra, a ellos les hice un corral junto a la cabaña usando unos palos, ahí vivían esos animales que diario les daba de comer.

Muchas veces me enlisté entre los estibadores que bajaban o subían plátano, cacao, maíz y otros granos a los barcos anclados en el puerto. Por cierto, esto que los lugareños denominaban *puerto*, no era otra cosa que un parapeto de madera que hacía las veces de muelle, allí podían atracar hasta dos embarcaciones al mismo tiempo.

Las barcasas de carga se colocaban en un playón de arena y tierra que bordeaban parte de la ribera del río.

Por primera vez en la vida me sentí pleno, con todo lo que la vida podía ofrecer de agradable a un hombre que trabajaba duro para vivir o mejor dicho para sobrevivir, porque con este calor la palabra vivir resultó demasiado.

De tanto ir y venir a una obra de construcción donde trabajaba de ayudante, un día que no recuerdo muy bien la fecha pase por la *Plaza Vieja* y conocí a una muchacha de nombre Petronila, ella vendía unas tortillas tostadas en una esquina del lugar; de manera intempestiva me paré frente a ella y le dije que quería comprar una de esas tortillas grandes.

*8.- La Plaza Vieja fue establecida en los tiempos virreinales y se ubicaba en un predio en la parte trasera del Palacio de Gobierno, sobre la avenida 27 de Febrero, después se construyó el Mercado "Corl. Gregorio Méndez Magaña" y actualmente se ubica la plaza de la Corregidora, entre la calle Vicente Guerrero y R. Martínez de Escobar.*

Creo que mi forma de hablar le causo mucha gracia y nos reímos, —se llaman *totopostes-9*, —dijo, tapándose la boca para que no viera que continuaba riéndose; después explicó que le había causado mucha gracia mi forma de hablar, aunque viéndolo bien ella también hablaba raro.

—A este pareje que un gato de mordió la lengua y por ejo habla aji\*, —repitió una y otra vez la muchacha, con la risa a flor de boca.

*\*Esta forma de hablar puede ser producto de una lengua base que es el maya-chontal, y se cambia la S y la C por la J.*

Varias veces fui a comprarle *pinol-10*, esa harina de maíz tostado que usan para preparar una bebida refrescante, hasta que un día sin más preámbulo me regaló una *pushcagua-11* o sea un envoltorio de papel con galletas que según ella se llamaban *turuletes-12*; fue la oportunidad para invitarla a salir juntos. Ella aceptó, pero me advirtió que no era del puerto, sino que venía de un lugar llamado Nacajuca-13 y que tenía que regresar con sus compañeras antes de la tarde.

—Oiga asté don negrito me llamo Petronila Guzmán y asté, ¿cuál es su apelativo?

Me invadió una inmensa alegría decirlo mientras tomé distancia para retirarme bailando y dando tropel por la calle provocando la risa de los lugareños que andaban de compra en la *Plaza Vieja*.

*9.- Totoposte palabra de origen náhuatl “totopochtli”, cosa muy tostada, Diccionario de Americanismos.*

*10.- Pinol palabra de origen náhuatl “pinolli”, harina fina de maíz tostado (pinole o pinolillo), Diccionario de Americanismos.*

*11.- Pushcagua, palabra de origen chontal, significa algo envuelto o envoltorio, se usa en Tabasco para designar algo que envuelve. Diccionario abierto de español.*

*12.- Turulete, galleta de maíz nixtamalizado, se cuece, se asolea por dos días, se tuesta con manteca, azúcar y anís; finalmente se hornea y se coloca sobre una hoja plátano. Internet Youtube, galletas de maíz tradicionales.*

*13.- Nacajuca, Hoy es el nombre de la cabecera municipal y municipio del estado de Tabasco, su población es mayoritariamente maya chontal. Se encuentra a 24 kilómetros al norte de la ciudad de Villahermosa, y a 5 kilómetros de la ciudad de Jalpa de Méndez. Según la tradición fue fundada el 13 de junio de 1325. Su nombre viene del náhuatl “Naca-shushu-can” que significa lugar de las caras pálidas o descoloridas. Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés lo mencionan en sus respectivas obras. Para 1614 en el pueblo de Nacajuca se construyó la primera iglesia. El 14 de febrero de 1863 por Decreto del Congreso del Estado, Nacajuca es elevada a Villa.*



Petronila era como todas las muchachas en este lugar, morena, de amplias caderas, cabello oscuro y largo, peinado en una trenza; usaba una falda de colores que le llegaba hasta los tobillos, pero lo mejor eran sus ojos negros que en mucho me recordaban a los de MáCuca.

Llegó la hora del encuentro y ella estuvo puntual, sentadita en la escarpa que delimitaba la Plaza. Caminamos por varias horas por las calles del Centro que en realidad no eran muchas, hasta que nos alcanzó la tarde y con ella la despedida, así que regresamos hasta la *Plaza Vieja*, donde ya era esperada por otras mujeres que venían de su pueblo cargando en su cabeza sendos canastos con trapos doblados.

En otra ocasión quedamos de vernos debajo de los arcos del puente que se ubicaba sobre el arroyo del Jícaro-14, era un lugar apartado del puerto y muy seguro, le decían *el Puente de Ampudia*-15, porque un gobernante con ese nombre lo había construido. En ese lugar le propuse que podíamos vivir juntos en mi cabaña junto a la laguna sin matrimoniarnos o sea libres. Ella me dio esa idea, porque a pesar de todo yo no tenía ningún papel que dijera dónde había nacido y mucho menos cuál era mi verdadero nombre, así que el señor cura no podía unirnos ante Dios.

Además, para colmo de males no tenía religión y mucho menos estaba bautizado, pero era creyente de la Virgencita de la Caridá del Cobre, la cual acá no conocían, a ella le debía mucho y le daba las gracias cada día.

—Si así lo quiere mi destino, que sea pues éste lugar donde yo viva, mañana vendré por ti a la *Plaza Vieja*, —le dije a Petronila muy seguro de mis palabras.

*14.- Arroyo del Jícaro, este nacía al noreste de la ciudad de San Juan Bautista, partía de la Laguna del Negro, entraba a la ciudad Simón Sarlat; el recorrido sería hoy por las calles de: Manuel Gil y Sáenz, luego por Hermenegildo Galeana, daba vuelta en Simón Sarlat, pasaba por Puerto Escondido, luego daba vuelta por Fidencia Sastré, para entroncar por Ignacio Zaragoza y finalmente salía al río Grijalva, por el avance urbano se fue desecando hasta quedar solo su sinuosidad en el pavimento de las calles actuales antes mencionadas.*

*15.- Puente de Ampudia, se ubicaba sobre la actual avenida Fco. I. Madero y el cauce del arroyo del Jícaro, Hasta la primera década del siglo XX era el límite norte de San Juan Bautista. El puente llevaba el nombre de quien había sido general de ejército mexicano, de origen cubano y Gobernador de Tabasco (1843-1844), de nombre: Pedro Nolasco Martín José María de la Candelaria Francisco Javier Ampudia y Grimarest.*

## CAPÍTULO V

Una mañana calurosa del mes de junio, escuche el sonido de cañones que provenían del puerto de San Juan, por esa razón me acerque hasta las inmediaciones del río para observar que sucedía, ya encaminado hacia el lugar divisé un barco de vapor que se movía lento por la vega del río y que era el responsable de los cañonazos.

Seguí con sigilo por la orilla del río hasta llegar lo más cerca del puerto, allí pude ver a unos extraños bajar de la embarcación, el olor a pólvora estaba por todos lados. Uno de estos extraños ondeaba una bandera con los colores azul, blanco y rojo; lo primero que pensé es que se trataba de piratas franceses, pero después cambié de opinión al verlos acomodarse en una formación poco más o menos militar.

Me oculté entre unos cayucos amarrados en un playón de arena y debajo de un gran árbol de sauce que permitía ser buen escondite, ante las irrupciones de la soldadesca estuve silencioso y quieto hasta que creí oportuno el momento para salir a ver más de cerca qué había pasado.

Los oí hablar y me di cuenta de que era una turba mal adiestrada que hablaban en castellano y otros en francés, varios de ellos eran negros y mulatos como yo, pero no hablaban inglés; también observé que a muchos de ellos les quedaba grande un chaquetón rojo que traían sobrepuestos a las percudidas camisolas blancas, por esa razón después les empezaron a llamar *Los Colorados*, porque acá en estas tierras al color rojo le dicen colorado, cuestión de palabras, al final son la misma cosa.

Al sonido del clarín tomaron sus alforjas, se acomodaron en la cabeza un gorrito rojo y se agruparon fuera del muelle de manera bastante ordenada y cerca del barco que los trajo. A continuación, apareció un señoritingo blanco que se enroscó el bigote.

—¡A ver desgraciados!, hemos llegado a este recóndito lugar que debe ser serenado en nombre de Francia, no son amigos del imperio, resultan *Liberales* con malas ideas, así que no quiero perdón para nadie, son nuestros enemigos; Teniente Zalamea, tradúzcales a los haitianos lo que dije y dé ordenes de distribuirse por el poblado, —gritó con mucha fuerza el señoritingo.

El soldado hizo un saludo militar y después se volteó hacia la deslucida soldadesca que permanecía en posición de firmes y empezó a vociferarles la misma letanía solo que en francés.

Trajeron un caballo blanco ensillado, el cual montó de inmediato el señoritingo para dirigirse hacia las calles del interior del pueblo con mucha arrogancia, luego supe que se llamaba Eduardo González-16 y que era el nuevo gobernante, según dichos de algunos pobladores y pescadores.

Los curiosos que nunca faltan se asomaron por las ventanas, temerosos al ver la soldadesca avanzar hacia las calles centrales, otros más salieron corriendo para esconderse en sus casas. Todo quedó desolado en cuestión de minutos, las puertas que permanecían abiertas de manera cotidiana quedaron cerradas.

A partir de esos momentos la inquietud se apoderó de todos nosotros, casi no salíamos a la calle para hacer nuestras actividades o comprar alimentos. El temor de ser pasados por las armas nos hizo llegar a una conclusión; estábamos invadidos por completo.

Petronila varias ocasiones me dijo que deberíamos de ir hasta su pueblo, que allí encontraríamos seguridad, pero la verdad yo siempre creí que no importa donde vayas, los malos siempre te encuentran, así que la tranquilicé diciéndole que aquí en la laguna estábamos muy seguros.

*16.- Eduardo González Arévalo, militar de origen español. Se nacionalizó en 1865 y se unió al imperio de Maximiliano. Gobernador Imperial de Tabasco del 18 de junio de 1863 al 20 de enero de 1864. Durante su mandato la regencia imperial redefinió las fronteras políticas de Tabasco, llevando a su máximo histórico, dividió el territorio en cuatro distritos: Centro, Chontalpa, Sierra, y Pichucalco. En lo personal, pretendió casarse con doña Fidencia Sastré Berau, para lo que encargó el ajuar y todo para la boda a diversas ciudades europeas, los padres de la novia que eran liberales, hicieron que su hija escapara a Guatemala para evitar la boda.*

Mientras había una calma extraña nos dedicamos a sembrar maíz y frijol para comer, además cambiamos los sobrantes por pescados a unos vecinos que estaban más cerca de la orilla del río que en su mayoría eran pescadores, procurando no acercarnos al puerto San Juan.

Con lo que aprendí en el puerto de Frontera, pude arreglármelas para pescar en la laguna algunos peces lugareños denominados *mojarras*, cada día llegaba con tres o cuatro de esos pescados bastante grandes, Petronila las asaba al fuego, quedaban doraditas y sabrosas.

Hacia principios del año Mil Ochocientos Sesenta y Cuatro, durante el mes de febrero una tarde llegó Juan hasta nuestra cabaña, nos trajo una envoltorio de pan que había comprado en el pueblo de Atasta; así que Petronila dispuso una olla agua caliente para hacer *bebida*, que para mí entendimiento era el famoso pinol con agua caliente.

Pasamos el tiempo platicando sobre la situación y contó haber escuchado en ese pueblo que los *colorados* habían sido derrotados allá por el municipio de Cunduacán y que seguramente regresarían al puerto a refugiarse en la llamada Casa Fuerte que está cerca del río de dónde salieron muy hinchados de pomposos hace tiempo.

Esa vez le dije a mi mujer que para el día veintiuno de la semana entrante iría al puerto de San Juan para ver qué estaba pasando, si ya se podía regresar a comerciar a la *Plaza Vieja*, porque nos faltaban muchos alimentos: café, azúcar, arroz y otras cosas. Al escuchar mi propuesta Juan se apuntó para acompañarme.

—¡No vayaj pallá!, no ves que la cosa ejta muy mala, no te vayan a matá. Ni Dios lo mande, —dijo Petronila al tiempo que se santiguaba. La tranquilicé diciéndole que no iría solo, estaría acompañado de Juan para ver qué sucedía y saber si ya era seguro caminar por ahí.

Hubo un estruendoso amanecer el día acordado para ir al lugar por lo que nos vimos obligados a esperar; pero los cañonazos solo bajaron de intensidad y en las últimas horas del día se pudo ver en el cielo un resplandor naranja, sin duda alguna eran casas quemándose.

Durante los siguientes tres días escuchamos el rugir esporádico de cañones y los disparos de armas. Hasta que regresó un silencio intranquilo que flotaba por el aire, el olor a quemado se revolió con el de la pólvora.

Con las primeras claridades de la mañana del veintisiete de febrero-17, ya estábamos merodeando muy cerca del puerto cuando vimos a la tropa subirse con rapidez a la embarcación de vapor que los había traído antes, dejaron regados por el playón, algunos de sus chaquetones rojos, sus gorritos y otras pertenencias sin valor.

El señoritingo del caballo blanco estuvo hablando con otro señor vestido de forma muy sencilla, daba vueltas con las manos atrás y con la cabeza baja; en cambio el otro se mantuvo firme todo el tiempo.

Al final, el señoritingo se fue apresuradamente al barco que lo esperaba; sonó el silbato y el gentío salió a despedir a *mentadas de madre* a los humillados *colorados* invasores.

Una vez calmado el bullicio, me enteré de que aquel señor sencillo que recibió la espada del señoritingo era don Andrés Sánchez-18 y que junto con otro más de apellido Méndez-19, había hecho posible la retirada de estos malandrines usurpadores. Todos los pertrechos que dejaron en la huida, los sanjuanences se encargaron de arrojarlos al río en señal de repudio.

*17.- 27 de febrero de 1864. Después de las demoledoras batallas por la toma de San Juan Bautista en los meses de diciembre 1863, entre liberales y conservadores, se acordó que estos últimos debían pasar revista frente a los victoriosos liberales en la ceiba de Atasta a media mañana del 27 de febrero de 1864; debían entregar sus armas, y tomar el camino de la Chontalpa para abandonar el estado. El camino Real de la Chontalpa seguía el camino de la actual avenida 27 de Febrero, y salía al río Carrizal por la actual calle Felipe Carrillo Puerto, debían cruzar el río hacia Nacajuca, Jalpa de Méndez, Comalcalco, y finalmente llegar a Paraíso.*

*18.- Andrés Sánchez Magallanes (1810-1865), militar mexicano con grado de Coronel de la Guardia Nacional. Formó parte de una familia de patriotas que participaron desde la independencia, hasta la Revolución. Se distinguió en la guerra contra el imperio en Tabasco al lado del Coronel Gregorio Méndez, y los liberales de Pichucalco. Fue de los presentes en la rendición de los conservadores el 27 de febrero de 1864.*

*19.- Gregorio Méndez Magaña (1836-1887), militar tabasqueño, jefe del Ejército Liberal Tabasqueño. Luchó contra la intervención francesa en Tabasco de 1863 a 1867, logrando expulsar a los invasores. Fue aliado incondicional de don Porfirio Díaz a quién apoyó en la guerra de guerrillas organizada por éste en la zona de operaciones del Ejército de Oriente, Gobernado de Tabasco (1864-1867) y ocupó diversos cargos de mando en el Ejército Federal.*

La vida tranquila regresó con lentitud al bastante estropeado Puerto de San Juan y con el paso de los meses se empezaron a colocar estructuras de madera para reconstruir las casas destruidas, los escombros de otras sirvieron para las bases de unas nuevas edificaciones cercanas al río; el puerto empezó a surgir de nuevo desde sus cenizas.

A la edad de treinta y cinco años cumplidos encontré trabajo como ayudante de albañil en una construcción en la calle principal, era una labor bastante sencilla y con el dinero que ganaba en la construcción, compré un pantalón de dril, una camisa de algodón, además de un corte de tela para que mi mujer se hiciera un vestido nuevo. El resto nos sirvió para comprar comida y algo de aguardiente de caña el cual compartí con mis compañeros de trabajo.

El *alarife* (Maestro de Obra) responsable de la obra, al comprobar que mi trabajo con la madera era de calidad, me ascendió a la vuelta de unas semanas a su subalterno, aunque no entendía muy bien el término me gustó mucho recibir una mejor paga.

El sol de estas tierras me realzó el color de la piel y ahora si era un negro de verdad. Esto resultó muy gracioso para mí, pero estos sanjuanences a la *laguna de Tierra Colorada* ahora era conocida como *la Laguna donde vive un negro*, no creo que sea en mi honor, pero lo empecé a creer cuando uno de los compañeros albañiles me preguntó dónde vivía y le dije que cerca de la *Laguna de Tierra Colorada* y me respondió: —Ah, en la Laguna del Negro, así que el negro eres tú, que honor ser tu amigo, —todos se rieron, aunque no sentí que fuera de burla. Así fue como me enteré de que así la habían bautizado por mi color de piel.

Pasaron los días sin sobresaltos de cañonazos o disparos de fusiles, en su lugar llegaron *los nortes-20*, que así le llaman a la temporada de tormentas, porque venían de allá y con ellas las inundaciones, todo el puerto se fue a pique, solo quedaron a salvo las casas construidas en las lomas.

*20.- Nortes, tormentas que se forman en el Golfo de México; provocan un temporal inesperado, y desaparecen en poco tiempo, son exclusivos del Golfo, y afectan invariablemente la costa veracruzana, tabasqueña y eventualmente la campechana. Es acompañado de vientos del norte, lluvia, y descenso de la temperatura. Se presentan mayormente en los meses de agosto y abril.*

Todo el trajín del día se hacía en cayuco de otra manera no se podía transitar por las calles; ríos, lagunas y arroyos eran una sola superficie por así decirlo. Entrabamos por el arroyo del Jícaro hasta un lugar que le denominaban *Puerto Escondido*, allí se hacía todo el intercambio y venta de víveres durante el norte.

Pasada las catástrofes de las lluvias llegaron los mosquitos y las enfermedades; el papá de Juan murió a causa de una enfermedad que se le conocía como *Chichimeca*-21. En una visita a San Juan Bautista supe que había varios muertos a causa de eso, regresé pronto a la cabaña y le dije a Petronila que deberíamos tomar precauciones.

—Anda una mala enfermedad en San Juan, debemos hacer algo para ahuyentar a los mosquitos en la noche, no vaya a ser la de malas y estos trasmitan esa enfermedad.

—Loj vamos a ahuyentá quemando concha-e coco, así lo hace mi apá, —agregó Petronila.

Todas las tardes juntábamos conchas secas de coco para hacer una hoguera que efectivamente ayuntó las nubes de mosquitos que nos rodeaban. Dormíamos en una hamaca la cual cubríamos con un *pabellón* de tela muy delgada que nos protegía de las picaduras durante las horas del sueño, pero dejaba pasar la brisa del río.

Concluida la temporada de mosquitos, hubo paz en todo el lugar. En los primeros días del mes de diciembre fuimos a una peregrinación a un santuario de la Virgencita de la Concepción, una santa venerada en una parte de San Juan llamado el barrio de La Concepción en honor a ella, aunque también le decían La Punta-22, por ser el último grupo de casas hacia el Sur, además estaban los preparativos para las fiestas de diciembre en la Plaza de Armas por la cercana llegada de la navidad.

Había vendimias de lugares distantes, música de marimba y una corrida de toros que se hacía en una *plaza* de madera cercana del río.

21.- *Chichimeca*, se le llamaba así a la *Tosferina*, enfermedad en las vías respiratoria muy contagiosa que ataca a los infantes, pero también se presenta en adultos.

22.- *Barrio de la Punta o de la Concepción* (por encontrarse en él la iglesia de La Concepción), era la parte Sur de la ciudad. También se le conoció como *Barrio Revolución* en la época garridista.

Afuera del santuario que existía en el barrio de la Punta, estaban las autoridades festejando con el pueblo, comiendo tamales y bebiendo mucho aguardiente de caña. Nosotros como viajábamos hasta el otro extremo preferimos salir temprano de esas festividades bastante ruidosas, por cierto.

Cuando llegó la mera época navideña le conté a Petronila cómo celebraban la navidad los ingleses allá en la isla donde nací. Así que corté un árbol pequeño y lo sembré en medio de la choza, lo adorné con flores de *joloche*-23 que hice junto con ella y, además, todo lo que pude encontrar a la mano que sirviera para adornarlo, finalmente en el tronco le coloqué dos regalos.

No faltaron los vecinos que vinieron a ver el arbolito. Todos me preguntaban qué significaba eso, pero no supe decirle lo que representaba, solo les dije que era algo que hacían en mi tierra los señores venidos de *las Europas*.

Fue una de tantas navidades que pasamos juntos, unas veces ahí y otras con la familia de Juan, salvo una vez que fuimos a la casa de los parientes de Petronila en Nacajuca, fue un desastre, casi ninguno hablaba castilla y para hacernos entender fue con señas; pero eso sí, nos reímos mucho de todo.

Recuerdo muy bien que, en el año Mil Ochocientos Setenta y Seis, pasada la temporada de las lluvias, fue cuando Petronila amaneció con mucho dolor en la cabeza y me dijo que tenía ganas de vomitar. Acostada en una hamaca, con la ayuda de Juan la llevé al médico y dijo que posiblemente era la Malaria, que no había mucho por hacer, su mal estaba avanzado, pero me daría una medicina.

A sugerencia del médico le estuvimos dando un polvito disuelto en agua llamado quinina-24 y así estuvo padeciendo varios días con mucha fiebre y escalofríos, hasta que una tarde la encontré como dormida.

*23.- Joloche, nombre que recibe la hoja que envuelve la mazorca de maíz. En Tabasco se utiliza desde la segunda mitad del siglo XIX para envolver los “dulces de joloche” típicos del municipio de Jalapa, así como para proteger los “cuartillos de piloncillo” de los trapiches de Tacotalpa.*

*24.- Quinina, es un alcaloide natural de color blanco y cristalino, con propiedades antipiréticas, antipalúdicas y analgésicas. Se usa sola o con otros medicamentos para tratar la malaria que es una enfermedad grave o que pone en riesgo la vida, y que es transmitida por los mosquitos de la variedad Anófeles.*



## CAPÍTULO VI

La muerte de Petronila me dejó devastado, así que por varias semanas me refugié en la cabaña, solo miraba como salía el sol y volvía a ocultarse. Poco a poco regresé a involucrarme en los trabajos de la milpa, aunque no tenía ganas de vivir, el hambre me golpeaba las tripas.

Pasado el tiempo, decidí dar un paseo por la orilla de la laguna, en un recodo me encontré un pequeño perro color canela, se acercó y empezó a mover su colita de gusto, así que lo recogí para llevarlo hasta la cabaña.

Nunca había tenido un animal de compañía así que no sabía cómo se debía cuidar, por lo pronto le di un muslo de pollo con tortilla, mismo que desapareció en un instante, entonces comprendí que comía cualquier cosa que yo le diera. Cavilé por unos días sobre cuál sería el nombre de este perrito, y le puse *Capitán* en recuerdo al capitán Lupercio Sánchez del barco que me había traído a este continente.

Recibí la visita de Juan que vino muy contento para invitarme a su casamiento.

—Estimado amigo Ismael, tuve la fortuna de conocí a una muchacha de allá del pueblo de Tierra Colorada, y me voy a matrimoniar con ella, así que el domingo voy a tené una fiesta en casa de mis apás.

—Qué bueno, ya estaba preocupado porque no encontrabas mujer y estás bastante crecido, cuenta conmigo que ahí estaré para acompañarte.

La boda se llevó a cabo en una ermita dedicada a no sé qué santo en el pueblo de Tierra Colorada, la fiesta comenzó al mediodía, había una gran mesa adornada con flores y un gran arco de palma en la entrada de la casa. Dieron de comer tamales de puerco y abundantes cervezas. Los padrinos llevaron un alambique de aguardiente

de caña, suficiente para atragantar un ejército. Los novios festejaron con cada uno de los invitados, hasta que llegaron hasta donde yo estaba sentado.

—Ella es Micaela y desde ahora es mi mujer, este es el señor Don Ismael, vive aquí cerca, —expresó Juan señalándome.

—Señor Don Ismael, Juan me ha hablado mucho de usted, gracias por venir, —agregó la novia que se veía bastante aturdida con el trajín que significaba la fiesta.

Llegaron unos músicos con tambores y una flautita de carrizo, los invitados empezaron a bailar, con las cervezas y el aguardiente ingerido hubo quienes bailaron hasta solos, era lo que aquí le denominan un *jolgorio*-25.

Entrada la noche, regresé a la cabaña, me quedé un rato contemplando el cielo estrellado y sin luna, acompañado de *Capitán*; una brisa fresca acarició mi cara: —esta noche dormiré tranquilo, porque habrá fresco en la madrugada, —dije, mirando el cielo despejado lleno, metí al perro que se acomodó en un rincón, trepé a la hamaca y dormí tranquilo.

Una de esas tardes calurosas de mayo el perro empezó a ladrar y todo se debió a que llegaron hasta la cabaña unos amigos albañiles, para decirme que se me extrañaba en una nueva obra que estaban construyendo. Además, el *Alarife* me necesitaba por que el trabajo requería de mis habilidades.

—Pero ahora estoy sembrando maíz y frijol acá, además la muerte de Petronila aún me tiene desganado, —respondí con la voz entrecortada.

—Hombre de Dios, eso ya tiene mucho tiempo, tu vida tiene que continuá y mantenerte en pie es lo que importa, —indicó uno de ellos, mientras sacó de su bolsillo un papel con la solicitud del *Alarife*, pero como no sabía leer, me lo leyeron a cómo pudieron.

—Díganle entonces que para el próximo lunes estaré temprano en la obra.

Ellos gritaron de júbilo, sacaron una botella de aguardiente de un morral y nos la fuimos empujando cada uno hasta que no quedó nada en el interior, para entonces ya estábamos celebrando este reencuentro.

25.- *Jolgorio (coloquial): regocijo, fiesta, diversión bulliciosa.*

Con el barullo y los ladridos del perro, apareció Juan para ver qué sucedía como buen sanjuanense, esto sirvió para que él completara la celebración del trabajo.

No supe de donde apareció otra botella y tuvo el mismo final que la anterior, el mareo que sentía fue igual como en aquella ocasión que estuve por primera vez en el barco. Nos alcanzó la noche y encendimos una fogata, cantamos canciones hasta que el cansancio nos venció.

La mañana del lunes fui hasta la obra donde el *Alarife* había solicitado mi presencia, era una casa grande con varios cuartos en la parte alta, ubicada sobre la Primera Avenida-26 cerca del río.

—Que tal Ismael, ya vienes dispuesto a trabajá, porque aquí hacen falta manos para ayudarme, —dijo el *Alarife*, encaramado en un andamio.

Inmediatamente le pregunte cómo podía ayudarle, así que ordenó que le trajera ladrillos y prepara más mezcla para pegarlos.

Al poco tiempo tuve un trabajo bien remunerado, así que les di las gracias a la Virgencita de la Caridá del Cobre y al *Alarife*. Continué en obras de albañilería hasta que le dieron al *Alarife* una obra no tan grande como la anterior, allá por la loma de los Pérez-27.

De allí nos fue fácil pasarnos a una regia edificación que se ubicaba frente a la Plaza de Armas, donde primero hubo que derribar una casona vieja para dejar el solar limpio. Luego varios cientos de albañiles empezamos a construir lo que eran los cimientos, luego seguimos con los muros, y después las losas, ahí estuve laborando por dos o tres años.

La ciudad se veía muy bonita y la Plaza de Armas ahora lucía una verja recientemente colocada, también había un kiosco de metal en el centro quizá para que allí tocara la banda de música que siempre andaba por esos rumbos los domingos.

26.- Hoy llamada Francisco I. Madero

27.- Loma de los Pérez, nombre que recibió la calle de Ignacio Zaragoza entre las calles Eusebio Castillo y Mariano Abasolo (hoy Francisco Javier Mina). La conseja popular menciona que se debió a que durante el porfiriato una persona muy adinerada construyó una casa muy grande para darles cabida a todos sus hijos. Todos ellos llevaban el apellido Pérez. Partes de la casa original aún se puede apreciar en la banqueta derecha, frente a la desembocadura de la calle Ignacio López Rayón.

También se sembraron muchos arbustos y árboles para que cuando crecieran les dieran sombra a los paseantes.

“En el periodo del Gobernador Dr. Simón Sarlat Nova (1887-1894), se mandó a enrejear la Plaza con verjas de varillas en forma de lanzas con punta achatada y triangular, en donde se ensartaban farolitos multicolores de papel corrugado con velitas encendidas, en las noches patrióticas; en los ángulos de las cuatro esquinas, una entrada o salida; el gobernador quitó la columna y en su lugar mandó a erigir un kiosco estilo morisco, de hierro y plomo, de seis metros de altura, con sombrilla nipona de zinc y cristal; por una escalera interior de caracol se subía al piso en donde se colocaba la banda de música de setenta ejecutantes. El espacio comprendido entre el palacio de gobierno y el municipal lo ocupaba un jardín sembrado de álamos, laureles y fresnos...”-

27

Como distracción los domingos en compañía de Juan y su mujer pasábamos la mañana por la Plaza de Armas, viendo a las señoras de sociedad presumir sus sombreros adornados con flores y plumas, cuando éstas salían de la misa y pasaban de largo rumbo a sus casas en las calles del centro.

Para esos momentos la Banda del Estado interpretaba valeses para amenizar el paseo, los caballeros les lanzaban piropos a las muchachas y algunos más atrevidos obsequiaban una flor a las de su preferencia. Yo solo me distraía con esas imágenes, pero muy adentro seguía prendado del amor de Petronila, así que no hacía más que respirar profundo y dejar pasar el tiempo a ver que más sucedía.

Los trabajos como ayudante del *alarife* continuaron hasta que no tuve más fuerzas, ya no era el mismo de siempre, ahora me mantenía distraído y ausente, como si se hubiera ido mi espíritu hacia otro lado.

Caminaba hasta la casa queriendo no llegar, pero la noche me alcanzaba y en algunas ocasiones por estar metido en mis pensamientos extravié el camino, terminando en otros lugares desconocidos.

27.- Texto tomado de VILLAHERMOSA Y SU HISTORIA “La ciudad de todos”, por Ricardo de la Peña Marshall. Primera edición, Junio de 2013 Villahermosa, Tabasco.

En cierta noche vagué por la orilla de la laguna hasta que me alcanzó la mañana, ahí encontré el camino de regreso a mi cabaña, fue allí cuando decidí no regresar al trabajo de albañil para quedarme apartado del mundo.

De nuevo dedique los días a cultivar lo que pude en el patio. De vez en cuando Juan y Micaela venían a visitarme o a llevarme alguna comida. Así fueron pasando los días, después las semanas y finalmente los años. Una de tantas tardes bastante extrañado me di cuenta de que el perro no regresó a la cabaña a dormir: —de seguro ha de andar en sus andanzas por el lugar, —dije, pero por más que lo llamé, no regresó.

Nunca pude imaginar cómo sería vivir en el nuevo siglo que todo el mundo mencionaba, —seguro habrá cosas maravillosas como el dibujo que vi en una revista: grandes edificios, muchas personas en las calles y otras cosas para hacer más grata la vida, —reflexioné mientras tomaba una jícara de café.

Lo único cierto fue como había vivido en este que ahora parpadeaba frente a mis ojos; acostado en la hamaca esperé la noche para dormir, por una casualidad no hubo mosquitos porque una brisa suave que vino del río se los llevó. Todo estuvo en calma, un silencio profundo se apoderó del lugar, eso me produjo un escalofrío, pero preferí jalar un trapo para taparme.

Escuche un ruido, vi al negro corpulento jalar una silla para colocarla junto a mí, lo miré extrañado, estaba igual que la primera vez que lo miré en aquella mañana cuando robaba, no tenía ni una sola arruga y vestía igual, era como si el tiempo no hubiera pasado por él.

—Cómo estas negriño, te preguntarás quien soy y qué hago aquí, soy Sango-57 el espíritu de la justicia y MáCuca me encargó que te cuidara cuando estuvieras en problemas y te movieras de un lugar a otro mejor, así que adopté esta forma como me ves, otras veces como el perro que cuidaba tu casa.

—Entonces por eso no envejeces; pero ¿ahora que haces aquí?

*28.- Sangó o Changó es el espíritu del trueno, los rayos, la justicia, la virilidad, la danza y el fuego, en el panteón Yoruba de África.*

—Pues como ya te cansaste de vivir en este lugar, he venido a que duermas tranquilo y que te prepares para seguir viajando de lugar en lugar, de país en país, o de mundo en mundo...

No recuerdo en qué momento me quedé dormido, ni qué horas serían, y si el señor Sango se fue o se escondió en algún lugar de mi mente, pero todo se volvió tan oscuro, tanto así que no veía mis manos; después llegó un rumor de hojas arrastradas por el viento.

Como siempre sucede en el mundo, el sol se asomó por entre los árboles de tinto y de nuevo una brisa suave se extendió por la Laguna del Negro, moviendo las espadañas que crecen en sus orillas, la luz bañó todo el somnoliento puerto fluvial de San Juan Bautista y sus alrededores, la vida continuó...

Con el tiempo el nombre de Ismael Barbosa fue quedando en el olvido, como es costumbre en estos lugares desmemoriados, pero el de su laguna perduró hasta nuestros días, dando por asentado de que aquí: *se olvida el nombre, pero el apodo, no.*

**FIN**

**Jared Suárez**

Tres Lomas, Tabasco, México.

Septiembre del 2019

Última revisión Enero del 2026

## AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Al historiador **Ricardo de la Peña**, por la revisión a las notas que sirvieron de citas al pie de página.

A la Antrop. **Flora Zalazar**, por su apoyo moral y espiritual.

Al Fisicomatemático **Eddy Montejo**, por la revisión a los textos.

## BIBLIOGRAFÍA HISTORIOGRÁFICA DE SOPORTE

### BASE DEL RELATO

Cuenta Don Pepe Bulnes en su *Agenda Tabasqueña* que:

*“allá por 1850 llegó al puerto de San Juan Bautista, huyendo de Jamaica, un esclavo negro llamado Ismael Barbosa, instalándose en un pequeño jacal de palma y jahuacte, que el mismo contribuyó a la orilla de la Laguna de Tierra Colorada. Se juntó con una mujer natural de Nacajuca llamada Petronila Guzmán, quién se dedicaba a vender pinol, turuletes y totopostes en la plaza vieja y que murió antes que él, quedando solo viviendo en el jacal hasta 1894 que murió en total abandono...”*

### HISTORIA DEL ESTADO DE TABASCO

Presbítero Manuel Gil y Sáenz

Original de 1892 en su Tercera edición

Villahermosa, Tabasco

### BREVE HISTORIA DE TABASCO

Carlos Martínez Assad

Editorial Fondo de Cultura Económica, 1996

### WIKIPEDIA Enciclopedia en línea.

Consultas realizadas durante el mes de septiembre de 2019.

(GoogleMap- Jamaica, Historia de Jamaica, Gobernantes de Tabasco e Historia de Tabasco)

### CROQUIS PLANTA

De San Juan Bautista. Capital del Estado de Tabasco. En la República Mexicana.

Levantado por Juan N. Reyna. 1884

**PLACA.** Pieza de bronce que se encuentra en el edificio de la Sucursal de TELMEX, ubicada en el la calle Benito Juárez en el Centro, de la ciudad de Villahermosa, Tabasco, y que la letra dice: “*Los imperialistas abandonan este lugar “La Casa Fuerte”, ante el empuje de las fuerzas de DON GREGORIO MÉNDEZ, la madrugada del 27 de febrero de 1864*”. Gobierno de Tabasco. 1964.

### PORTADA

Floresta del Amazonas (2025)

Víctor Olán

Acrílico sobre tela

Colección: Mendoza Cruz

**A CERCA DE**  
**Jared Suárez**  
(Víctor Manuel de Dios Olán)

---

Nació en la ciudad de Villahermosa, Tabasco, el 14 de febrero de 1957; estudió la carrera de Arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de México, graduándose con la tesis “**ARTESPACIO**”, un museo de arte contemporáneo en Tabasco. Es Creador Visual, Curador Independiente, Consultor de Arte Contemporáneo y Escritor. Además, Perito Valuador de Obras de Arte.

Posee diversos estudios superiores realizados en: la Casa Lamm, la Universidad del Claustro de Sor Juana, el Centro Cultural Helénico, el Museo Nacional de la Acuarela y el Museo de Arte Moderno. Como **Creador Visual** a la fecha tiene 23 exposiciones individuales y más de veinte exposiciones colectivas en Villahermosa y la Ciudad de México.

Ha impartido gran variedad de: Diplomados, Cursos, Talleres, Conversatorios y Conferencias, sobre temas afines al Arte, la Arquitectura y el Urbanismo. Actualmente se desempeña como: Investigador de Historia Edificada de la Ciudad de Villahermosa y colaborador de la Revista digital “DeTabascoSoy”; es Miembro de la Asociación Mexicana de Peritos Valuadores Diplomados A.C., Miembro del Colegio de Peritos en Valuación de Tabasco, A.C., además de ser Socio de la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en las Academias de Historia, y de Arquitectura y Urbanismo.